

BARRIO, J. M. (2013) *La innovación educativa pendiente: formar personas*. Barcelona, Erasmus Ediciones.

La formación de personas libres, autónomas y críticas es un elemento que desde tiempos inmemoriales hasta la actualidad no se ha logrado íntegramente desde las escuelas, aunque sí es un aspecto deseable. Por esa razón, puede considerarse que la formación de personas es la innovación educativa pendiente. Precisamente, esto es lo que defiende José María Barrio, doctor en Filosofía y profesor titular de la Universidad Complutense de Madrid.

Según este autor, la reconciliación entre la Pedagogía y la Filosofía es esencial para que el discurso educativo retome su vía maestra y retorne a una vocación humana y humanística, cobrando gran relevancia la Antropología Filosófica.

Este libro se estructura en cinco capítulos, agrupados en tres partes. La primera de ellas trata sobre «El crecimiento humano», la segunda lo hace sobre «Educar hoy» y, finalmente, la tercera señala el «Educar con la palabra».

La primera parte comienza con el capítulo titulado «Cómo formar la segunda naturaleza», donde Barrio expone las diferencias y los elementos comunes entre los dos tipos de naturaleza: la primigenia (aquella que viene predeterminada) y la segunda (lo que un individuo llega a ser a partir de sus acciones). En este sentido, considera a la formación de hábitos o segundas naturalezas como aspectos unidos a la concepción de la libertad, tanto electiva

como moral. Y a todo ello añade como conclusión que la Teoría de la Educación corre el riesgo de olvidar aquello constituido como el núcleo esencial de la tarea educativa: «Educar, sobre todo, es habilitar la libertad de cada persona para que sea sensible a la llamada de lo valioso, de lo que lo ayude a crecer como persona» (p. 51).

Posteriormente, el segundo capítulo trata sobre las dimensiones del crecimiento humano, que según Barrio son cinco: (a) el desarrollo intelectual, distinguiendo entre inteligencia teórica e inteligencia práctica, (b) el crecimiento moral, (c) la mejora cívica o social, (d) el progreso afectivo y, por último, (e) el desarrollo religioso o cuestión por el sentido. En primer lugar, «la educación intelectual ha de orientarse a que las personas sean capaces de juzgar y discernir con arreglo a criterios racionalmente fundados» (p. 57). En segundo lugar, el objetivo de la educación moral no consiste en que el discente haga lo que dice el docente, sino que «con lo que oye y sobre todo con lo que ve en el ejemplo del educador, se forme un criterio personal» (pp. 71-72). En tercer lugar, el desarrollo cívico y social debe ser completado en la educación política, «de manera que ayude a los ciudadanos a no ser súbditos pasivos del sistema, sino verdaderos protagonistas en la vida pública» (p. 78). En cuarto lugar, la educación afectiva atañe «directamente al orden de los afectos, que es lo más recóndito e interior de la persona, donde habita [...] el principal manadero de recursos motivacionales» (p. 85). En último lugar, la educación religiosa ayuda a entender

las percepciones del origen, y sabiendo de dónde se viene también se sabe a dónde se va.

La segunda parte empieza con el capítulo llamado «Educar en un contexto deseducativo». En él, Barrio aborda el panorama del nihilismo europeo, según el cual cualquier intento de razonar es una forma de enmascarar intereses de poder. En este sentido, el Estado, el mercado y los medios de comunicación encabezan una contracultura nihilista en una competencia desleal frente a la escuela. Y, según Barrio, ésta, en lugar de alejarse, se une a estos enemigos tan poderosos.

A continuación, este autor muestra unas disertaciones sobre la educación posmoderna. Concretamente, estas ideas pedagógicas, unidas a la reivindicación contra una enseñanza basada en la imposición violenta, parece que quieren la desaparición de cualquier práctica directiva y memorística de enseñanza, lo que acaba en planteamientos próximos a las ideologías de la desescolarización.

La tercera parte se abre con el capítulo titulado «Educación y verdad», en el que Barrio afirma que el principal desafío al que actualmente la Teoría de la Educación tiene que enfrentarse es la devolución de la ilusión a los docentes para educar. Y esa área de conocimiento únicamente tiene alguna posibilidad si se recupera «el prestigio cultural del conocimiento, y eso no es otra cosa que el prestigio de la razón como capaz de verdad» (p. 156). Además, a esto añade otro gran reto actual de la educación: devolver al lenguaje la posibilidad de decir algo razonable sobre qué es el ser

humano, cuál es el sentido de la vida y cómo se puede vivir de una forma lograda y plena.

Barrio cierra el libro con el capítulo «Educación y conversación». Concretamente, aquí sostiene que Sócrates es el primer filósofo europeo a la vez que el primer maestro, «pues quien busca el saber con verdadero afán está habilitado para contagiar a otros esa inquietud» (p. 166). Siguiendo la *mayéutica* de este filósofo, así como algunos de los supuestos kantianos, Barrio afirma que se aprende a pensar tomando partido, discutiendo y buscando razones a favor y en contra de las distintas posturas. Y, por ello, defiende la necesidad de rehabilitar una cultura del diálogo, donde la escuela debe desempeñar una función esencial. Y concluye afirmando que la principal seña de identidad de la escuela no es la promoción directa y asertivamente de actitudes y valores, sino de manera indirecta a través del desarrollo de la racionalidad teórica, práctica e instrumental (por ese orden).

En definitiva, parece que Barrio logra el propósito de este libro, que es mostrar y tratar de recuperar la esencia de lo educativo. Fundamentalmente, esto lo consigue mediante unas profundas reflexiones inspiradas en otras publicaciones suyas. Por ello, este libro puede ser de gran interés para un amplio espectro de personas, entre las que se encuentran los docentes, directivos, Administraciones educativas, académicos, investigadores, etc.

Carlos Monge López